

**Vejez y muerte
de
DavidHume**

Muchos filósofos fueron hombres separados del mundo, solitarios y ensimismados, distanciados de todo lo que apasiona a la gente común. Es el caso de Spinoza, de Descartes o, en menor medida, de Kant. Otros fueron seres torturados que vivieron enamorados del dolor. Es el caso de Schopenhauer, de Kierkegaard o de Nietzsche. Pero también ha habido filósofos que fueron al mismo tiempo hombres positivos y alegres, que supieron disfrutar de los afectos y se sintieron en razonable armonía con el mundo. Hombres que, además de tener intelectos privilegiados, fueron capaces de jugar y de reír. Y entre ellos ninguno como David Hume, un escocés cordial y extrovertido, buen comedor y bebedor, solterón eternamente codiciado, que entre fiesta y fiesta se hizo tiempo para revolucionar la filosofía occidental. Hume pertenece así al reducido grupo de quienes, como Aristóteles o Bach, no tuvieron necesidad de arruinar sus vidas para alcanzar las cumbres de la creación artística o intelectual.

En 1769 Hume tenía cincuenta y ocho años y era uno de los escritores más célebres de Europa. Entre las muchas cartas que recibía, un día le llegó una firmada por el editor William Straham en la que éste le proponía que escribiera una nueva obra.

Escrito por Hume y editado por Straham, era seguro que el libro sería un éxito comercial. David, sin embargo, contestó: "tengo que declinar no sólo esta oferta, sino cualquier otra de índole literaria. Y esto por cuatro razones: estoy demasiado viejo, demasiado gordo, demasiado perezoso y demasiado rico". Todavía hoy es difícil encontrar tanto desparpajo y tanta frescura en un intelectual que se sabe consagrado. Pero así era David Hume.

Al menos parte del buen humor que derrochó a lo largo de los años se debió a que, a diferencia de muchos otros autores, el éxito lo alcanzó mientras vivía. Siendo un hombre de mediana edad se convirtió en una referencia intelectual para toda Gran

Bretaña y, en su momento, en el escritor con más ejemplares vendidos en la historia de la lengua inglesa. Sin embargo, también supo conservar su encanto en los tiempos difíciles y, muy en especial, cuando tuvo clara conciencia de que se moría. Esta es la historia de esa muerte jovial y serena, pero antes de llegar a ella conviene recordar cómo había vivido.

Hume provenía de una familia de origen noble pero venida a menos. Su padre murió con apenas treinta años, cuando él tenía dos, y su madre, viuda a los veintiséis, quedó al frente de la pequeña propiedad rural en la que vivían. El hermano mayor heredó el título de Conde de Hume o de Home (dos maneras de escribir indistinguibles para la pronunciación escocesa) junto con la mejor tajada de lo poco que había para repartir.

Con poco dinero en el bolsillo y muchas ganas de vivir bien, el joven David estaba prácticamente destinado a hacerse abogado. Eso era lo que habían hecho su padre y su abuelo materno, de manera que estaba en buenas condiciones para iniciar una carrera profesional. Sin embargo, y por motivos que no están del todo claros, en lugar de continuar los estudios decidió mudarse a Bristol y probar suerte como comerciante. Si le creemos al propio Hume, la única razón que hay detrás de este cambio es que no le gustaba el derecho. Si les creemos a casi todos los demás, lo que le hizo abandonar su tierra natal fue un escándalo: una mujer llamada Agnes Galbraith lo acusó de haberla embarazado.

Es difícil saber cuál de las dos versiones es más digna de crédito. Los tribunales terminaron por ignorar el reclamo de Agnes pero eso no prueba que estuviera mintiendo: una mujer sin conexiones y con mala reputación no tenía casi ninguna posibilidad de ganarle un juicio a un hombre emparentado con la nobleza. Hume, por su parte, nunca habló del episodio ni dio explicaciones sobre su conducta posterior. Pero el hecho es que

abandonó su tierra natal, se trasladó precipitadamente a Bristol y luego a Francia, donde vivió tres años.

Este exilio más o menos forzoso tuvo enormes consecuencias. Luego de un breve pasaje por Reims se instaló en La Fleche, Anjou, donde funcionaba un célebre colegio jesuita en el que había estudiado Descartes un siglo antes. Allí leyó sin descanso y trazó el plan que seguiría durante el resto de su existencia: David quería ser un intelectual y, más precisamente, quería alcanzar la gloria como escritor.

Vistas las cosas a la distancia, parecería que no tuvo mayores dificultades en alcanzar su objetivo. La influencia que ha tenido su pensamiento durante los dos últimos siglos seguramente supera sus expectativas más optimistas. Pero, vistas las cosas desde su propia óptica, el camino que lo condujo a la fama resultó ser bastante tortuoso. Más aun, detrás de la larga celebridad de Hume hay un fenómeno sorprendente: las razones que lo hicieron famoso cuando vivía están casi olvidadas, mientras que los motivos por los que hoy se lo valora pasaron inadvertidos para buena parte de sus contemporáneos.

Los primeros intentos de Hume por hacerse un lugar en el mundo de las letras terminaron en dolorosos fracasos. El libro que publicó luego de su retorno a Gran Bretaña, el Tratado sobre la Naturaleza Humana, salió, según sus propias palabras, "muerto de la imprenta". La edición se vendió con lentitud exasperante y apenas generó algunas reacciones adversas. En los años siguientes David hizo todo lo posible por revertir la situación: redactó una versión abreviada de la obra y la editó en forma de folleto; reescribió los pasajes que consideraba decisivos y volvió a publicados como libros independientes; realizó una compleja maniobra de defensa de sus ideas, haciendo publicar una carta firmada por "un caballero de Edimburgo" en la que respondía a los

ataques que había recibido. Pero ninguna de estas operaciones tuvo éxito. Hume trabajaba con ahínco en temas filosóficos que consideraba de primera importancia, pero los académicos le eran hostiles y el público se mantenía indiferente.

La situación empezó a cambiar algunos años más tarde, pero sólo parcialmente a causa de su producción como filósofo. Lo que realmente lo lanzó a la fama fue una Historia de Inglaterra que empezó a publicar en 1754 y cuyos sucesivos tomos siguieron apareciendo hasta 1762. Esta obra desató feroces polémicas y le hizo ganar no pocos enemigos, pero lo condujo al centro de la escena intelectual con una facilidad que hasta ese momento le era desconocida.

El Hume historiador no es, por cierto, un personaje completamente diferente del Hume filósofo. Lo que le interesa no es la historia general de Inglaterra sino su historia política, y la cuenta desde una perspectiva que no coincide con la de ninguno de los bandos en pugna. La originalidad de su punto de vista reside en el esfuerzo por separar la investigación histórica de la confrontación política. Para él, los conflictos pasados deben ser tratados como una fuente de aprendizajes cívicos. Lo que le preocupa no es tomar partido a favor de unos o en contra de otros, sino aprender acerca de los mejores y peores modos de organizar la vida en sociedad.

Esta manera de tratar la historia no sólo hizo de Hume uno de los escritores más leídos de Gran Bretaña, sino también uno de los más combatidos. Su método de trabajo era incómodo y las interpretaciones que proponía oscilaban entre lo heterodoxo y lo antojadizo. Los ataques que recibió en aquellos años lo convencieron de que, pese a su éxito comercial, los ingleses nunca dejarían de verlo como un extranjero inoportuno. Sus sentimientos aparecen expresados con claridad en una carta que le escribió a su

amigo Sir Gilbert Elliot: "No creo que haya un inglés en cincuenta que no se alegre si escucha que mañana me voy a romper la crisma. Unos me odian porque no soy tory; otros porque no soy whig; algunos porque no soy cristiano; y todos, porque soy escocés. ¿Puedes seguir diciendo en serio que soy inglés?".

La buena venta de sus libros le permitió resolver esta incomodidad del mismo modo apasionado en que hizo todo en su vida: "Me retiré a Escocia, mi país natal, y decidí no volver a sacar nunca un pie de allí.

David acababa de dejar atrás los cincuenta años y tenía un plan muy concreto para el futuro: quería pasar tranquilamente en su casa, disfrutando de los muchos amigos que tenía en Edimburgo. Es que la vida social era a sus ojos tan importante como las ideas. Era un conversador cautivante, un incansable contador de anécdotas y un jugador de cartas de grandes recursos. Le gustaba comer y tomar buen vino mientras divertía a quienes lo rodeaban. Disfrutaba de la compañía femenina y tenía un éxito envidiable con las mujeres: no hacía proposiciones matrimoniales sino que las recibía, aunque siempre las rechazaba con amabilidad. Sólo una vez estuvo a punto de casarse con una aristócrata llamada Nancy Orde. Se cuenta que fue ella quien, saliendo de casa de Hume, escribió con tiza en la pared: St. David's Street. Se ha documentado que muchos años después, la gente de Edimburgo seguía utilizando ese nombre.

La sociabilidad de David no era puramente superficial. Cultivó varias amistades que le duraron la vida entera y demostró tener un gran sentido de la fidelidad. Hay un episodio célebre que pone en evidencia toda su nobleza: a principios de los años cincuenta, su amigo el reverendo Robert Wallace escribió un ensayo en el que atacaba varias ideas de Hume sobre demografía. Pero Wallace tuvo que ausentarse de Edimburgo mientras se

imprimía el trabajo, de modo que fue el propio Hume quien se encargó de vigilar el proceso y corregir las pruebas.

David era admirado, querido, buscado, halagado. Participaba en reuniones sociales, tomaba el té, jugaba a varios juegos de mesa, se divertía y divertía a los demás. "Me siento -decía- un embajador del reino del saber en el reino de la conversación." Su encanto personal era irresistible para sus vecinos de Edimburgo, pero también demostró serlo fuera de fronteras cuando, un poco a contrapelo de su propósito de no moverse de Escocia, aceptó integrar un par de misiones oficiales enviadas al continente europeo.

Hume viajó a París en 1763 y en 1767, y en cada una de esas oportunidades permaneció tres años como diplomático. Durante esas estadias vivió un verdadero romance con los iluministas franceses, quienes no demoraron en adoptarlo como uno de los suyos. Por una parte, los philosophes parisinos estaban encantados de haber reclutado una cabeza original y poderosa. Por otro lado, su simpatía y su facilidad para hacerse querer lo convirtieron en una estrella de los salones y tertulias. Fue durante años amigo de Montesquieu y despertó la admiración de Voltaire, aunque esta simpatía no era correspondida. También trató con asiduidad a D'Alembert, Diderot y D'Holbach. Probablemente el gran amor de su vida fue una mujer francesa, Marie-Charlotte de Boufflers, una noble ilustrada que contribuyó de manera decisiva a la difusión de sus ideas. Marie-Charlotte tuvo una respetable cantidad de amantes, pero todo indica que entre ella y Hume pasó algo importante para los dos. De hecho, fue ella la que acuñó el epíteto con el que se conocía a Hume en los círculos intelectuales franceses: le bon David.

Uno de los amigos más famosos que hizo en París fue Jean- Jacques Rousseau, con quien volvió a Londres en 1766 al

cabo de su primera misión diplomática. Rousseau empezaba a ser perseguido a causa de sus ideas (acababa de publicar el Emilio, un libro escandaloso para la época) y David se propuso apelar a todas sus influencias para protegerlo: le preparó un gran recibimiento en Inglaterra, le consiguió alojamiento y empezó a gestionar una pensión ante el gobierno. Pero las relaciones entre ambos se complicaron rápidamente, sobre todo a causa del orgullo desmesurado de Jean-Jacques (que necesitaba ayuda pero no quería que se notara) y de su creciente inestabilidad psicológica.

Los constantes malentendidos se fueron agravando de un modo que resultaba incomprensible para Hume. Rousseau se había vuelto decididamente paranoico y creía ser víctima de una red de conspiradores que querían retenerlo en Inglaterra. Incómodo y desorientado, David hizo llamar a Voltaire para que actuara como mediador. Pero entre los múltiples talentos del autor de Cándido no se contaba la capacidad de apaciguar los ánimos, de modo que el conflicto concluyó en un escándalo público: Rousseau terminó rechazando la pensión que se le gestionaba y envió al gobierno británico una carta en la que trataba a Hume de traidor. Los dos hombres quedaron enemistados por el resto de sus vidas. Es seguro que el carácter insufrible de Rousseau fue la causa principal del problema, pero también hay que admitir que, al menos esta vez, Hume supo actuar con dureza: con la ayuda de D' Alembert publicó en París una versión del conflicto con la que pretendía salvar su reputación ante los ilustrados franceses.

Hume era un hombre de mundo, un bon vivant y un escritor de éxito. Pero, ¿era realmente un filósofo? La pregunta es pertinente porque buena parte de sus contemporáneos no lo vieron así. Para un inglés cultivado de mediados del siglo XVIII, Hume no era un filósofo que producía textos históricos sino un historiador que intentaba escribir obras filosóficas. Pero nosotros

tendemos a verlo exactamente al revés y, más importante que eso, tenemos buenas razones para actuar de este modo.

Las investigaciones de Hume son filosóficas en el sentido más noble del término: nos hacen ver incertidumbres y perplejidades allí donde todo parece aproblemático. En lugar de ir a buscar el misterio en los abismos más profundos de la existencia, nos sugiere que el misterio rodea nuestras acciones cotidianas. La vida es extraña. Solamente la rutina y la pereza nos hacen ignorar este hecho. Pero alcanza con dar un paso atrás y desprendernos de nuestras seguridades mal construidas para volver a sentirnos como extranjeros en un mundo inquietante. Esta es la actitud de base que los filósofos comparten con los niños y los locos. Y esta actitud se ve claramente reflejada en los textos que Hume escribió sobre el problema del conocimiento.

Como no podía ser de otra manera, sus reflexiones parten de un ejemplo tomado de la vida social. Pensemos en lo que ocurre cuando jugamos al billar. Una bola está quieta en el centro de la mesa. Otra, que acaba de ser impulsada, avanza hacia ella. ¿Qué va a ocurrir en el instante siguiente? La pregunta no tiene, por supuesto, nada de misterioso: es seguro que la bola que ahora está quieta va a empezar a moverse cuando reciba el impacto, y la forma en que lo hará dependerá del modo en que se produzca el golpe. Ahora bien, ¿cómo sabemos que va a ocurrir tal cosa? ¿Qué nos lleva a excluir las demás posibilidades? Porque perfectamente podría ocurrir que la bola que está en reposo permaneciera quieta y que la otra rebotara como si hubiera chocado contra una pared, o bien podría suceder que las dos salieran proyectadas con la misma velocidad pero en direcciones opuestas. ¿Cómo sabemos que no va a pasar nada de esto?

Una posible respuesta sería: porque la idea misma de que ocurra algo así es contradictoria. Eso es lo que pasa, por ejemplo, cuando

alguien nos dice que A es idéntico a B y B idéntico a C, pero A es diferente de C. Esta es una afirmación que se niega así misma: la propia noción de identidad lleva implícito que si dos cosas son idénticas entre sí y una de ellas es idéntica a una tercera, la otra también será idéntica a esa tercera. Podemos imaginar mil mundos posibles pero, si alguien en esos mundos es capaz de comprender la noción de identidad, entonces tendrá que admitir la pertinencia de esa propiedad.

El caso del juego de billar no es, sin embargo, asimilable al de la identidad. Aquí no estamos en un mundo de relaciones entre ideas sino ante lo que Hume llama "cuestiones de hecho". No hay nada de contradictorio en suponer que las bolas de billar se comporten de un modo diferente del habitual. Perfectamente podríamos imaginar un mundo donde las esferas de marfil se repelieran como lo hacen los imanes, o en el que las cosas cayeran hacia arriba. En un mundo semejante las leyes físicas serían diferentes de las que conocemos, pero seguirían siendo leyes físicas. Esta es una idea improbable, pero no contradictoria.

La pregunta que se hace Hume sigue, pues, estando en pie. Lo que le intriga no es cómo van a comportarse las bolas de billar, sino cómo estamos tan seguros del modo en que van a hacerla. ¿De dónde nace nuestra familiaridad con el mundo? ¿Por qué nos atrevemos a prever el curso de los acontecimientos aun en aquellos casos que podrían dar lugar a mil desenlaces diferentes?

La manera habitual de responder a este interrogante consiste en decir que nuestro conocimiento progresa gracias a la experiencia: a lo largo de nuestra vida vamos aprendiendo cómo funciona el mundo. Cuando somos niños no sabemos que el fuego quema, pero después de sufrir varios accidentes concluimos que la llama nos quemará cada vez que la toquemos. En la vida adulta, a menudo nos alcanza con ver en una oportunidad cómo ocurren las

cosas para saber cómo ocurrirán en el futuro. Nuestro modo de almacenar esta información consiste en establecer relaciones de causa y efecto: la experiencia nos muestra que cada vez que ocurre un acontecimiento, a continuación ocurre otro; de allí inferimos que el primer acontecimiento es la causa y que cada vez que ocurra el primero, a continuación ocurrirá el segundo.

Esta argumentación parece muy razonable pero, observa Hume, no alcanza para resolver el problema. Al establecer relaciones de causa y efecto no sólo estamos resumiendo un conjunto de experiencias pasadas sino que estamos haciendo un pronóstico acerca de lo que ocurrirá en el futuro. En los hechos, estamos postulando como verdad indiscutible que el futuro será igual al pasado. Ahora bien, ¿tenemos razones para apoyar esta expectativa? La respuesta perturbadora de Hume es que no las tenemos. La relación causa-efecto vincula dos acontecimientos que perfectamente podrían permanecer separados.

No hay allí ningún lazo necesario que pueda ser analizado mediante la razón.

Eso explica por qué somos incapaces de prever los efectos que podemos asociar a un objeto desconocido. Aunque Adán hubiera sido un hombre perfectamente racional, jamás hubiera podido saber que el fuego quema antes de haberse quemado por primera vez. Y si dejamos a un hombre que no conoce la pólvora cerca de un barril a punto de estallar, su despreocupación no será consecuencia de su falta de racionalidad sino de su falta de experiencia.

Pero, si no es la razón lo que nos permite tejer lazos de causalidad, ¿qué es lo que nos permite hacerla? ¿Y qué es lo que nos lleva a predecir que esa relación va a mantenerse en el futuro? Simplemente, dice Hume, se trata de la costumbre. Muchas veces observamos que el acontecimiento A es seguido del

acontecimiento B, y eso nos hace esperar B cada vez que ocurre A. No hay ningún razonamiento ni ninguna demostración que sustente esta expectativa. Sólo hemos generado un hábito que nos lleva a esperar que las cosas ocurran de este modo, de manera parecida a como los animales se acostumbran a esperar la comida cuando ven acercarse al granjero.

Naturalmente, al descansarnos de este modo en la costumbre contamos con algo así como la complicidad del mundo: es un hecho que hasta ahora la naturaleza se ha comportado con gran regularidad. Por eso vale la pena enunciar leyes físicas como el principio de gravitación universal. Esas leyes describen cómo ha funcionado el mundo hasta ahora y cómo seguirá haciéndolo si no cambia nada fundamental. Pero el principio de gravitación universal no contiene ninguna demostración que nos asegure su validez hasta la eternidad. Al menos como pura posibilidad, mañana puede ocurrir que los cuerpos empiecen a atraerse y a repelerse de un modo diferente a como lo han hecho hasta ahora. Toda nuestra ciencia funciona sobre el supuesto de que tal cosa no va a ocurrir, pero no puede dar una sola razón en favor de esta creencia.

La respuesta de Hume estaba lejos de ser perfecta desde el punto de vista filosófico, pero tenía el enorme mérito de poner en evidencia que nuestro entendimiento opera sobre bases más complejas de lo que solemos creer. Es difícil explicarnos a nosotros mismos por qué tenemos tanta confianza en nuestras certezas. Aun la causalidad, una de las ideas más viejas de la ciencia, un concepto central desde Aristóteles, el corazón mismo de la filosofía racionalista de Spinoza, es una noción profundamente misteriosa: si la analizamos con detenimiento, resulta que no estamos en condiciones de dar razón de ella.

Esta argumentación no fue debidamente comprendida

por sus compatriotas, que tendieron a interpretada como una manifestación de escepticismo. Mientras David decía que hay un misterio en el modo en que construimos nuestro conocimiento, ellos entendían que todo conocimiento racional es imposible. Esta lectura provocó las iras de un conjunto de filósofos que hoy sólo son recordados gracias a la popularidad de su víctima. Uno de ellos, James Beattie, escribió un ensayo extremadamente violento que tuvo relativo éxito.

Y fue una suerte que eso ocurriera, porque el texto fue rápidamente traducido al alemán y así llegó a manos de un profesor universitario que vivía en el otro extremo de Europa.

Este profesor, que se llamaba Immanuel Kant, tuvo la capacidad de adivinar la argumentación original de Hume a partir de las transcripciones de Beattie. Y esa lectura le cambió la vida, porque lo puso en la pista de lo que sería una de las más formidables investigaciones de la historia filosófica. En su *Crítica de la razón pura* Kant intentó resolver el problema planteado por Hume, tratándolo de un modo más general y más profundo. Su respuesta es muy sofisticada y terminó teniendo mucha más influencia sobre el pensamiento posterior. Pero Kant, que era un hombre honesto, nunca dejó de reconocer la deuda que había contraído con el escocés, hasta el punto de escribir uno de los elogios más generosos que un filósofo haya dedicado a otro: "Hume me despertó de mi sueño dogmático".

Los argumentos de Hume contra las bases del conocimiento racional le dieron fama de escéptico, y hay que decir que él hizo todo lo posible por acrecentada. Esto le generó muchos conflictos con el mundo académico y muy en particular con las autoridades religiosas. Las dos veces que intentó acceder a una cátedra universitaria (una en Edimburgo, otra en Glasgow), su candidatura fue tajantemente rechazada. Aun en su momento de

mayor fama fue un filósofo fuera de la universidad, lo que tal vez explique por qué se hizo rico. En 1756 hubo un intento por excomulgarlo de la iglesia de Escocia.

La iniciativa no prosperó, pero no porque David fuera visto como un modelo de piedad sino porque el comité convocado se declaró incompetente para juzgar sus obras (una maniobra que habían pergeñado quienes, pese a apoyar a Hume, no se atrevían a defenderlo públicamente). En el año 1761, sus obras ingresaron en el Index de la Iglesia Católica.

Estas reacciones violentas no apuntaban solamente a las investigaciones de Hume sobre el modo en que funciona nuestro entendimiento, sino también a las ideas que defendió en el terreno de la moral. Este fue el tema que más le importó mientras vivía y en el que más hace sentir su influencia dos siglos después de su muerte. Para entender en qué consiste este impacto es preciso decir dos palabras sobre el modo en que los filósofos han reflexionado acerca de lo que está bien y lo que está mal.

Al menos desde Sócrates, la gran preocupación de los filósofos consistió en encontrar un fundamento racional para nuestro comportamiento moral. La idea de base era que, en un mundo gobernado por las pasiones, los afectos y los intereses, solamente la razón puede darnos normas que no sean una simple reproducción de nuestras inclinaciones. Naturalmente, no todos los filósofos veían las cosas de la misma manera. Las respuestas que dieron Sócrates, Platón, Aristóteles, los estoicos, los escolásticos, Descartes o Spinoza divergen en aspectos muy importantes. Pero, a pesar de estas grandes diferencias, todos ellos coinciden en dos afirmaciones esenciales. Primero: existe algo que es "lo correcto", cuya definición está dada con total independencia de nuestra voluntad. Segundo: en el esfuerzo por identificar lo correcto y actuar en consecuencia, la razón es una guía mucho más segura

que nuestras inclinaciones o emociones.

Las etiquetas nunca son demasiado confiables pero, al menos para entendernos, identifiquemos estas dos afirmaciones con las expresiones "objetivismo moral" y "racionalismo moral". La mayor parte los filósofos morales anteriores a Hume fueron objetivistas y racionalistas en este sentido. A ellos sólo se oponían aquellos que, como algunos sofistas y cínicos, pensaban que la razón es completamente impotente frente a la fuerza de nuestras inclinaciones y que, en consecuencia, debemos dejarnos gobernar por ellas en lugar de buscar una respuesta racional a la pregunta: ¿por que ser moral?

Al menos a primera vista, Hume compartía plenamente esta visión escéptica. Lo que gobierna nuestros actos y decisiones -dice- no es la razón sino las pasiones. Llamamos "virtud" a todo aquello que genera en nosotros sentimientos de aprobación y llamamos "vicio" a aquello que genera sentimientos de rechazo. No hay razones que puedan justificar estas reacciones primarias. A lo más, la razón puede ayudarnos a afinarlas y esclarecerlas. Contra todos los moralistas que habían dicho que las pasiones deben ser dominadas por la razón, Hume sostenía, en una frase que terminó por hacerse célebre, que "la razón es y debe ser esclava de las pasiones".

Pero esta afirmación sólo resume una parte de su pensamiento. Para entender la otra parte tenemos que dar un paso más y hacernos la siguiente pregunta: suponiendo que nuestro comportamiento esté efectivamente gobernado por nuestros sentimientos acerca de lo que es aceptable y reprobable, ¿cuál es el origen de esos sentimientos? ¿Cada uno construye los suyos aisladamente, de manera que toda discusión moral carece de sentido? ¿O existe algo así como un conjunto de sentimientos

compartidos?

Hume creía que nuestros sentimientos morales no son un fenómeno puramente privado porque los hombres no somos hombres a secas, sino hombres que intentan vivir en sociedad. Y una sociedad no es solamente un conjunto de individuos que viven en un mismo lugar o que comparten una historia, sino un conjunto de personas vinculadas por lazos de cooperación y de reciprocidad. Una sociedad (al menos una sociedad civilizada) es un ámbito donde no se apela a la fuerza bruta como mecanismo regulador de las relaciones, sino a un conjunto de instituciones compartidas. El hecho de reconocernos mutuamente vinculados por estas instituciones hace que compartamos cierto sentimiento básicos acerca de lo que está bien y de lo que está mal. Como señala el filósofo contemporáneo (y también escocés) Alasdair MacIntyre, para Hume, "el vocabulario de la evaluación, aprobación y desaprobación es un vocabulario compartido" .

Hume rompía de este modo con el racionalismo moral, pero también con el subjetivismo extremo.

Al igual que los escépticos morales, pensaba que la razón siempre llega tarde a responder a la pregunta: "¿por qué ser moral?". Lo que nos lleva a serio no es nunca una demostración abstracta a partir de primeros principios, sino el hecho de descubrirnos involucrados con otros en relaciones de cooperación y reciprocidad. Pero, en contra de los escépticos, pensaba que la vida moral no es arbitraria y que la razón tiene un papel a desempeñar. Ciertamente no puede fundar la moral, pero sí puede explorar nuestros sentimientos con el fin de refinarlos, atacar posibles contradicciones o ambigüedades y llegar a conclusiones no evidentes acerca de nuestro deber.

Esta manera de enfocar la moral es probablemente el producto más trascendente de lo que suele llamarse "la Ilustración

escocesa". Francis Hutcheson, el maestro de David, pensaba aproximadamente de este modo y lo mismo hacía su gran amigo Adam Smith. El libro más famoso de Smith es *La riqueza de las naciones*, normalmente considerado como el texto fundador del liberalismo económico. Pero otro de sus libros importantes lleva un título que deja muy en claro su interés en esta discusión: *Teoría de los sentimientos morales*.

Hume fue de los tres hombres quien dio una formulación más poderosa a este punto de vista. Por cierto, su teoría enfrenta algunas dificultades que él apenas percibió o que fue incapaz de solucionar. Por ejemplo, no está claro cómo podemos reflexionar acerca de la moral cuando nos salimos de los límites de una sociedad específica y entramos en relación con otras que han desarrollado sensibilidades muy diferentes. Pero, cualquiera sea el modo en que se resuelva este problema, su hazaña consiste en haber conciliado dos puntos de vista que hasta ese momento habían estado radicalmente enfrentados: la afirmación del subjetivismo moral y el reconocimiento de estándares compartidos acerca de lo que está bien y lo que está mal. Su respuesta consistió en decir que nuestra sensibilidad moral es al mismo tiempo subjetiva y compartida, porque es la sensibilidad moral desarrollada por un conjunto de hombres que intentan vivir civilizadamente.

Este punto de vista no es fácil de defender, pero eso no impide que haya ganado más y más peso hasta volverse central para la filosofía contemporánea. En efecto, uno de los rasgos característicos de toda sociedad compleja de finales del siglo :xx es que no existe ningún acuerdo acerca de cómo fundar las normas morales. La voluntad de Dios ya no puede ser empleada como fundamento común por la sencilla razón de que la propia existencia de Dios se ha vuelto controvertida. La idea de

naturaleza humana a la que apelaban los hombres del siglo XVIII ha corrido una suerte todavía peor. La idea de derecho natural también se ha vuelto problemática" sea porque muchas personas no creen que tal cosa exista, sea porque hemos acumulado demasiadas versiones acerca de lo que nos exige el derecho natural. En estas condiciones de pluralidad radical, no está claro a qué apoyo podemos apelar para darnos normas comunes.

Una buena cantidad de filósofos contemporáneos está trabajando sobre una pista que remonta directamente a Hume: ciertamente no podemos apelar a primeros principios en los que apoyarnos, pero eso no debe hacernos olvidar que vivimos bajo instituciones comunes. Y esas instituciones no son el simple reflejo de ciertas correlaciones de fuerza sino que intentan encarnar algunas ideas muy básicas como las de igualdad, justicia o equidad. Pese a todas las diferencias que nos separan, existe en nuestras sociedades una sensibilidad moral encarnada en prácticas e instituciones. Ese es el punto en el que tenemos que apoyarnos para llegar a darnos normas que todos podamos respetar.

Los filósofos que defienden este punto de vista (el más conocido de los cuales es el estadounidense John Rawls) han aumentado enormemente su influencia en el correr de los últimos años. Por eso Hume es crecientemente leído y estudiado en las facultades de filosofía. Pero los libros que más se discuten no son sus obras históricas ni sus trabajos de teoría del conocimiento sino aquellos en los que habla de filosofía política y moral, es decir, justamente aquellos que menos éxito tuvieron mientras vivía. Esas obras que a ojos del propio David salían muertas de las imprentas han terminado por ser vistas como textos capitales del liberalismo político contemporáneo.

Aunque las razones de su éxito han cambiado a lo largo del tiempo, el hecho es que Hume vio cumplirse su sueño juvenil

de alcanzar la fama como intelectual. Esto, sin embargo, no afectó su gusto por la vida social ni la afabilidad con la que la que trataba a quienes lo rodeaban. A partir de 1769, Y hasta su muerte en 1776, vivió tranquilamente en Escocia, disfrutando por partes iguales de la fama literaria y de sus múltiples amistades. Su casa volvió a ser el centro de una agitada vida social que convocaba a mujeres y hombres, a jóvenes y viejos, a personas ilustradas y a simples vecinos.

En 1775 se le declaró una enfermedad a la que al principio no prestó importancia. Se trataba de un simple desorden intestinal parecido a muchos otros. Pero la dolencia se prolongó durante largos meses y lentamente empezó a consumir sus reservas. Los informes médicos de la época son poco claros y hacen pensar a veces en un tumor, a veces en una úlcera perforada. Cualquiera fuera la causa, el hecho es que Hume empezó a debilitarse progresivamente sin que ningún médico consiguiera frenar su deterioro.

A principios de 1776 se convenció de que se estaba muriendo. Su estado no era particularmente grave, pero se daba perfecta cuenta de que ese desgaste no podía durar mucho tiempo. El tono con el que describe su situación es el de un hombre extremadamente lúcido y tranquilo: "Esta enfermedad me ha traído poco sufrimiento y, lo que es más extraño, a pesar del decaimiento general que he experimentado, no ha supuesto ni un momento de crisis en mi estado de ánimo. Tan es así que, si tuviera que elegir un período de mi vida para vivido de nuevo, me sentiría tentado de señalar este último. Mantengo el mismo ardor de siempre en el estudio y la misma alegría de verme acompañado. Considero, además, que un hombre que muere a los sesenta y cinco años se limita a cortar unos cuantos años de molestias. Y aunque veo muchos síntomas de que mi prestigio literario empieza por fin a

adquirir brillo, siempre supe que sólo dispondría de unos pocos años para disfrutarlo. Es difícil estar más desprendido de la vida de lo que estoy en este momento.

Este párrafo pertenece a la autobiografía que escribió en abril de 1776, cuatro meses antes de morir. Se trata de un texto de unas pocas carillas en el que resume más de seis décadas de existencia. Tanta parquedad puede llamar la atención en alguien expansivo como Hume, pero él se encarga de explicar su punto de vista con una envidiable carga de buen humor: "Es difícil para un hombre hablar mucho de sí mismo sin envanecerse. Así que seré breve". David sigue siendo el hombre simpático y jovial de siempre, pero deja en claro que no tiene la menor esperanza de cura hasta el punto de hablar de sí mismo como si ya estuviera muerto: "soy, o mejor, he sido...".

Una buena cantidad de médicos hizo todo lo que estuvo a su alcance por contradecir el pronóstico de Hume. Él los dejó hacer con benevolencia, pero en general no hizo demasiado caso a sus recomendaciones. Solamente una vez aceptó trasladarse a una estación termal para seguir un tratamiento, pero en cuanto confirmó que no daba ningún resultado decidió volver a Edimburgo para morir entre sus amigos. David quiso que el retorno no tuviera nada de fúnebre, por lo que organizó una gran comilona en su casa para celebrarlo.

Era el 4 de julio de 1776 y ese mismo día, del otro lado del océano, las colonias americanas estaban declarando su independencia de la corona británica.

Las últimas semanas de Hume fueron socialmente tan agitadas como lo había sido el resto de su vida. En una carta escrita poco después de su muerte, Adam Smith cuenta que "siguió entreteniéndose como de costumbre, corrigiendo sus obras para una nueva edición, leyendo libros entretenidos o conversando con

sus amigos. Algunas veces, a la caída de la tarde, jugaba al whist, su juego favorito. Estaba de tan buen humor, y sus conversaciones y entretenimientos se parecían tanto a los de siempre que, a pesar de todos los malos síntomas, muchos no podían creer que estuviera muriéndose". David, sin embargo, no tenía dudas al respecto y se lo comunicaba a sus visitantes con su frescura de siempre: "me estoy muriendo tan rápidamente como desearían mis enemigos, y tan alegre y pacíficamente como podrían deseado mis mejores amigos".

David se mantenía lúcido y sereno, pero no tenía el mal gusto de alardear. Smith cuenta que nunca hablaba de su enfermedad "a menos que el curso de la conversación lo llevara a hacerlo. Y nunca se detuvo en el tema más de lo que la charla naturalmente pedía. Si habló de la cuestión con bastante frecuencia, fue porque los amigos que venían a verlo le hacían preguntas sobre su estado de salud".

Cuando el final estaba próximo, David envió el manuscrito de su autobiografía a Adam Smith, pidiéndole que encargara de incluido en la edición póstuma de sus obras. Smith le respondió con una carta en la que le pide permiso para "añadir unas líneas al relato de su vida". El texto impresiona por varias razones. Primero, porque revela el hondo afecto que existía entre los dos hombres (algo poco común entre dos intelectuales de fama internacional). Segundo, por el coraje con el que se habla de la muerte próxima. Smith se refiere sin vacilaciones a ese mal que "contra todas mis esperanzas y deseos, tal vez sea fatal". Y agrega con admiración: "Bajo los efectos de una enfermedad agotadora y en un precario estado de salud que se ha prolongado por más de dos años, usted ha contemplado la muerte con una firmeza y serenidad de ánimo que muy pocos hombres han sido capaces de mantener siquiera por unas horas, y aunque disfrutasen de perfecta

salud". David le responde desde su lecho de muerte, ya sin fuerzas para escribir con su propia mano: "Es usted muy generoso al pensar que esas nimiedades que me conciernen puedan ser dignas de atención. Pero le doy entera libertad para incluir todas las adiciones que usted quiera al relato de mi vida".

Murió el 25 de agosto de 1776, en su querida casa de Edimburgo. Su médico de cabecera, el doctor Joseph Black, le escribió inmediatamente a Smith para contarle lo ocurrido: "Ayer, hacia las cuatro de la tarde, expiró Mr. Hume. La cercanía de la muerte se hizo evidente el jueves de noche, cuando se agravó su flojera intestinal y se agregaron vómitos. En ese estado permaneció el paciente durante la mayor parte del tiempo que le quedó de vida, llegando a un punto en que su debilidad no le permitía levantarse de la cama. Continuó hasta el final perfectamente consciente, libre de dolores fuertes o de sentimientos de depresión. De sus labios no salió ninguna expresión que revelara impaciencia. Al contrario, cada vez que tuvo ocasión de dirigirse a quienes lo rodeaban, lo hizo con afecto y ternura".

Poco antes de morir, David había dictado dos cartas. Una es la breve misiva a Smith en la que lo autoriza a escribir una continuación de su autobiografía. La otra iba dirigida a Marie-Charlotte, el gran amor de su vida: "Veo acercarse la muerte poco a poco, pero no siento ansiedad ni temor. Recibe mi saludo, con gran afecto y respeto, por última vez".

La apacible muerte de Hume fue tan discutida como sus obras. Para muchos de sus contemporáneos fue un acontecimiento escandaloso, porque Hume fue probablemente el primer europeo de renombre que no sólo vivió como un ateo sino que murió sin reconciliarse con la religión. Muchos miembros de la Ilustración habían cortado vínculos con las iglesias establecidas, pero habían

desarrollado sus propias formas de religiosidad. Hume, en cambio, siempre se mantuvo ateo y conservó hasta el último momento su convicción de que la muerte es la aniquilación del individuo. Su serenidad no se fundaba en la esperanza de una vida en el más allá, sino en la aceptación de esa disolución como una manera razonable de terminar la existencia.

Muchos interpretaron esta actitud como un acto de insolencia. Poco después de que Smith publicara el texto donde relata los últimos días de su amigo, un profesor de Oxford llamado George Horne divulgó una respuesta en la que decía que no había nada que admirar en la tranquilidad de Hume. Su argumento central era que, cuando está a punto de pasar algo grande, no tiene sentido actuar como si nada ocurriera. Benjamin Franklin, en cambio, manifestaba toda su admiración desde el otro lado del Atlántico. Y el célebre doctor Johnson se limitaba a comentar la actitud de David diciendo: "ese hombre"

Sea razonable o no, lo que parece claro a la distancia es que la serenidad de Hume era muy sincera. Murió sin renunciar a ninguna de sus convicciones filosóficas, pero sobre todo murió sin abandonar la afabilidad y la calidez que lo habían caracterizado durante toda su vida. Con esto no hizo más que seguir hasta el final la consigna que él mismo había escrito en una de sus obras: "Sé filósofo pero, en medio de toda tu filosofía, continúa siendo hombre".

* * *

En la preparación de este capítulo consulté las siguientes obras: Maurice Cranston: *The Solitary Self Jean-Jacques Rousseau in Exile and Adversity* (Chicago, The University of Chicago Press, 1996); EH. Heinemann: *David Hume. The Man and his Science of Man. Containing some unpublished*

letters of Hume (París, Hermann, 1940); Gilles Deleuze: *Empirisme et subjectivité. Essai sur la nature humaine selon Hume* (París, PUF, 1973); David Fate Norton: *David Hume. Common-Sense Moralist, Sceptical Metaphysician* (Princeton University Press, 1982); Olbeth Hansberg: *La diversidad de las emociones* (México, FCE, 1996, gracias Cecilia Álvez); Donald W. Livingston: *Hume's Philosophy of Common Life* (Chicago, The Chicago University Press, 1984); Michel Malherbe: "Hume et les morales du sentiment (Francis Hutcheson, Adam Smith)", en Monique Canto (ed.): *Dictionnaire d'éthique et de philosophie morale* (París, PUF, 1996, pp. 673-83); Ives Michaud: *Hume et la fin de la philosophie* (París, PUF, 1983); E.C. Mossner: *The Life of David Hume* (Oxford, Oxford University Press, 1980). El tema de la muerte atea de Hume es tratado por Paul Johnson en su último libro, *The Quest for God* (Nueva York, Harper Collins, 1996, p.7). Johnson también se ocupó del conflicto entre Hume y Jean-Jacques Rousseau en su conocido libro *Intelectuales* (Buenos Aires, Vergara, 1988).

Una presentación brillante aunque discutible de las ideas morales de Hume, y más en general de la ilustración escocesa, puede encontrarse en las obras de Alasdair MacIntyre, particularmente en su *A Short History of Ethics* (Nueva York, MacMillan, 1966, traducción española: *Historia de la ética*, Buenos Aires, Paidós, 1970, p. 165ss) y *Whose Justice? Which Rationality?* (Londres, Duckworth, 1988). La cita que aparece en el texto figura en la página 305. Para un análisis del modo en que el liberalismo contemporáneo se apropia del pensamiento de Hume puede leerse: Charles Larmore: *Patterns of Moral Complexity* (Cambridge, Cambridge UP, 1987) y John Rawls: *Political Liberalism* (Nueva York, Columbia University Press, 1993).

Las editoriales Roudedge y Thoemmes Press emprendieron hace unos años la publicación de los principales materiales producidos por la Ilustración escocesa. Hasta ahora han aparecido tres series (*Scottish Enlightenment I, II Y III*) que totalizan 26 volúmenes.

Las mismas editoriales publicaron en octubre de 1996 *The Works of James Beattie*, una colección en diez volúmenes que reúne la producción de quien fuera en vida uno de los principales adversarios de Hume.

El elogio de Kant a Hume aparece en el Prefacio de los *Prolegómenos a toda metafísica futura*. También vale la pena leer la discusión que hace de sus ideas en la *Crítica de la razón pura* A760, B788ss. La frase de Hume sobre la razón como esclava de las pasiones aparece en el *Tratado sobre la naturaleza humana* II, III, 3. La frase con la que se cierra el texto figura en la primera sección de su *Investigación sobre el entendimiento humano*.

Desde 1974 existe en Edimburgo una Hume Society que edita dos veces al año la revista Hume Studies.